MONTEVIDEO/AÑO XXIX/ENERO 26 DE

MARC

1968 N. 1388/PRECIO $ 20.-

HA

ANGEL RAMA

UNA PERSONALIDAD: MARTA TRABA

El Premio de Novela 1966 de Casa de las Américas, para la obra *Ceremonias del verano*, dio resonancia en el campo de las letras a un nombre sólo conocido hasta esa fecha, por lectores y críticos de artes plásticas: Marta Traba. Que al año siguiente el gobierno de Colombia decretara contra ella el exilio —pena luego conmutada a cambio de su total alejamiento de los cargos docentes— reclamando que abandonara el país en el plazo perentorio de cinco días por considerarla inspiradora de la actitud rebelde de la juventud universitaria, no hizo sino dar mayor amplitud a su nombre en el continente provocando así muchos la perplejidad: quién era esta mujer que de crítico de arte pasaba a novelista consagrada por un jurado integrado por Alejo Carpentier, Manuel Rojas, Juan García Ponce y Mario Benedetti, y que todo un gobierno consideraba tan peligrosa como para apelar a un sistema que evoca el ostracismo de la época ateniense?

Es verdad que cualquier jurado, aun el mejor integrado, puede equivocarse; es verdad que cualquier gobierno, sobre todo tratándose de uno latinoamericano y en particular el de un país tan celoso de custodiar el tradicionalismo cultural como el colombiano, puede desbarrar, pero aun así se trataba de medidas resonantes en torno a un nombre casi desconocido en el resto de América y, como referido a una mujer, más llamativas. Pocos conocían los cinco libros sobre artes plásticas ya publicados por Marta Traba; tampoco alguna de las bravas polémicas que parecen acompañar su paso por el mundo, como la sostenida en Caracas en 1965 con motivo de su cerrado ataque a la pintura venezolana moderna, que dio lugar a ríos de tinta de imprenta; menos aun sus intentos más serios de entendimiento de la cultura latinoamericana como su Informe a la Universidad de Yale.

Marta Traba confiesa alegremente su edad. Puede hacerlo: nació en 1930, en la ciudad de Buenos Aires, y tiene por lo tanto hoy 38 años. Es argentina, y aun porteña, con algunos de esos rasgos que son indisimulables en el intelectual bonaerense, que probablemente ella negaría pero que se hacen notorios en el comercio internacional cuando los escritores de esa ciudad salen al mundo cotejándose con los de otras tierras. La primera parte de su libro *Ceremonias del verano*, evoca el barrio porteño, el café, los muros grises, Vicente López, los viajes en colectivos, los libros de Manuel Gálvez, el desorden y hasta la sordidez encubierta de las medianías sociales que también nosotros conocemos de adentro. Alumna de la Facultad de Filosofía y Letras, licenciada en Letras, alumna de los cursos de Romero Brest, todo completa el tipo humano: es posible imaginarla en 1950 como la intelectual discorde, ardientemente moderna y enardecidamente antiperonista de la época, que lee con voracidad y del mismo modo discute en los cafés, teoriza y polemiza con los amigos respecto al arte nuevo.

El consabido viaje a París marca un giro fundamental en su vida. Allí conoce al intelectual colombiano Alberto Zalamea (hijo del escritor Jorge Zalamea) y casa con él, integrándose desde 1956 al mundo colombiano, donde han nacido sus dos hijos. Para quien conozca Bogotá el salto es casi mortal: significa pasar del internacionalismo desarraigado pero vivaz y actual de Buenos Aires al clima de una cultura estancada, al aire enrarecido de un medio tradicionalista, al sistema de un oficialismo intelectual que sigue rindiendo culto a la oratoria periodística, a la hipocresía religiosa y al acolamiento de una lengua del pasado. Como también existe en Bogotá una juventud verdaderamente nueva, una elite exigente y moderna, un esfuerzo minoritario y por lo mismo dramático por colocar al país en el nivel internacional presente, es comprensible que Marta Traba se haya integrado a este sector renovador y haya hecho de su vida una lucha tenaz, en muchos sentidos desmedida y parcializada, por la modernización de la cultura colombiana, referida especialmente al terreno de las artes plásticas. *El Museo vacío* fue su primer libro, de 1958, que apareció en la colección de Ediciones Mito, aquella revista que Jorge Gaitán Durán dirigió durante años y en la cual se definió la presencia del grupo intelectual de nítida impronta contemporánea, donde se publicaron obras de Cote Lamus, Charry Lara, Arbeláez, Valencia Goelkel, García Márquez(*El coronel no tiene quien le escriba*), Cepeda Samudio, A. Mutis, los nadistas, etc.

Si ese primer libro comenzaba rindiendo homenaje todavía a las orientaciones estéticas de Worringer y Croce, a la vez intentaba establecer el diálogo entre el arte moderno y el hombre actual explicando al primero a partir de la radical transformación del mundo presente, "definiendo un nuevo tipo humano, el hombre moderno, inclinado, una vez más en la historia, a la voluntad de lo abstracto". Se trataba de un ensayo que aún delataba la almaciga aplicada de los cursos de artes plásticas. Pero ya en *La pintura nueva en Latinoamérica* (Bogotá, 1961) aparece la inspiración ardiente y el afán polémico que no lo abandonarán, y tanto es su arremetida contra el muralismo mexicano como en su crítica del arte argentino se dasluuta una participación personal, vivaz, frecuentemente repentinista, con escasas soportunas documentaciones, pero con una captación muy aguda e igualmente subjetiva del fenómeno artístico.

A este nuevo espíritu debe sus polémicas, su participación apasionada en la difusión del arte moderno, su desmedido intento de crear para Colombia un Museo de Arte Moderno menospiando cuadros, extorsionando a ricachones, seduciendo a los poderes universitarios. Dentro de él se incluye el redescubrimiento latinoamericano, esa conquista interior de la propia tierra que todo intelectual cabal alcanza en un determinado momento de su vida de búsqueda, al que debe su preocupación por el hallazgo de la peregrina peculiaridad espiritual del continente, su lucha contra el desarraigo del arte, sin que esto signifique convalidar el conservadorismo folklórico o el desnengado realismo superficial, sino al contrario afirmar una estructura de formas propias, reposando sobre un sistema espiritual también propio, con la vaguedad de esta última enunciación.

A pesar de un libro de poesía (*Historia natural de la alegría*, Buenos Aires, 1952) no parecía tentada por la creación literaria. Quien les sus libros de ensayos podrá percibir que a dicha creación llegó a través de la crítica de arte, como un modo de intensificar su participación en el universo artístico que presentaba y explicaba, dejando de lado el análisis externo para tratar de entrar vitalmente en los seres y las formas que creaba el artista. El comienza de su mejor libro de crítica, *Los cuatro monstruos cardinales* (México, 1965) define este avance: "No hago más que pensar en ellos. Ellos fueron saliendo, emergiendo cada vez más claros, de la pintura. Ese mundo extraño, indescriptible, que es la pintura contemporánea. En un principio hablaba de ellos como de seres ajenos a mí misma, fantásticos y por lo tanto intransmisibles en su totalidad. No sé en qué momento empecé a convivir con ellos, a ver en la gente que iba por las calles los cuerpos despedazados de De Kooning, las mutilaciones de Cuevas, las geografías de Dubuffet. Los hombres sentados frente a mí en los autobuses quedaban encerrados en las cajas de vidrio de Francis Bacon. Dejé entonces de superponerles ideas, de convertir a los cuadros en torres malabares de mis pensamientos. Ellos fueron cada vez más intransigentes en su relación conmigo. Pasé a pertenecerles y a subyugarme a su tiranía. Creo que esto ocurrió porque eran demasiado vivos para ser formas y porque desde un principio traté de salvarlos de ser sólo formas".

Estaba ya en la literatura, merodeándola, encaminándola. Escribe entonces *Las ceremonias del verano*, que son etapas de vida vivida a través de un cristal palabrero y conocimiento poético, las que Benedetti definió como "cuatro constancias de amor, cuatro estallidos de lucidez". La novela pagó el duro tributo del aprendizaje del nuevo oficio y más que nada sirve para apuntar algunos rasgos que en las obras posteriores tendrán más plena y precisa constancia: una sensibilidad poética delicada, tenue, que trata de convertir cualquier acontecimiento del mundo en un pretexto de lo bello; un frenesí vital que late bajo las palabras, los enardece y pone en ellas una sensibilidad privilegiada por los objetos o por el paisaje haciendo de todo ello cuadros recorridos con recurrencia obsesiva; un recurrente que es el amor, el desencuentro, el contacto fugaz, la pérdida y la posesión interior de lo perdido; un deslumbramiento ante el panorama grande del mundo, acompañado de un deseo de tener, participar, vivir, entremezclarse con él.

Apuntaban en aquel libro y están más nuevamente en su segunda novela: *Los laberintos insolados*, Seix Barral, 1967. La novela remeda los ciclos odiseicos, los apoyándose directamente en los cercanos de Joyce, como modelo de trasposición moderna. Algunos capítulos llevan expresamente —"Circe", "Penélope", "Itaca"— y el personaje central se llama a texto descubierto, Ulises. Son apoyos, y también pretextos, para el tratamiento de un tema que tiene mucha mayor profundidad y más larga y misteriosa historia en la cultura, y que es el del viaje. Tema que ya estaba en *Las ceremonias del verano*, como línea subyacente que establecía el orden estructural del volumen y el valor de cada episodio al aproximarlos y encontarlos, y al que ahora Marta Traba vuelve a apelar para insistir en aquellos rasgos específicos de su creación, esas obsesiones secretas de un autor: el deslumbramiento ante la variedad del mundo, lo múltiple, que permite la experiencia única del encuentro, la inexplicable aproximación que en un texto magistral Hoffmansthal asociaba con la huella que el pájaro deja en el aire.

Ulises Blanco deja su casa colombiana y recorre Nueva York, París, Atenas, para volver. Deja a su esposa Laura, encuentra a Trizzie, a Helena, encuentra un niño, a un economista, a una prostituta, a palacios donde una boite rellenada por los saxofones alternan con Chartres bajo la lluvia, un pequeño restaurante frente con los propileos del Partenón. Es un ser vacío (y hay una notoria discordancia entre sus palabras y la vivencia paralizante que lo singulariza interiormente), aparentemente incapaz de prenderse a las cosas y seres del mundo y sólo de ellos derivan las experiencias. No resulta creíble su participación en ellas. No es tampoco importante que se llame Ulises y que Trizzie remede a Circe. Lo importante son las imágenes que se afirman en lo lírico, en lo irónico y la sensación perenne de una suspensión de la emotividad, un retiro del mundo en tanto éste acosa al individuo.

Pero el viaje y los encuentros del viaje no pertenecen aquí a la experiencia psicológica individual, sino que se inscriben en una realidad colombiana, más que latinoamericana: el atroz pesar del pasado tipificado en la noria con balsaguine y en la casa ordenada por la madre y la madre —la madre, opuesta al sórdido caos de la vida presente, moderna; es el orden y la aventura, otra vez, hasta las máscaras de la tradición que impone la continuidad inalterable y las formas abstractas, casi despersonalizadas de la herencia que la novela muestra la fatalidad de este segundo término, que triunfa de modo obligado, pero que genera la rebeldía y el ostracismo del problema. El personaje se sentirá desolado vivo en la nueva casa que ordenara la regresó, pero esta afirmación no habrá contagiado la novela desde sus comienzos Quizás porque en ella algunos mecanismos del objetivismo y la ironía timidez con que Marta Traba enfrenta la experiencia de hacer una novela en torno a un protagonista masculino, disuelven las cargas interiores y las traducen en admirables fragmentos descriptivos que transmiten afirmadas de sensaciones raras y nuevas, fugitivas, insólitas, o en una fascinante galería de matices.

En todo caso, *Los laberintos insolados* da prueba del talento narrativo de Marta Traba, de su vocación de escritor. Desde que el gobierno colombiano aceptó que ella permaneciera en el país prohibiéndole todo contacto educativo con las jóvenes generaciones, ella ha encontrado un nuevo modo más profundo, prolongado y amplio, de estar cerca de ellas: a través de una creación incesante en que busca expresar la totalidad de una personalidad avasallante y no ya un recorte lúcido de un sector del mundo actual.